

QUINQUENIO CIUDADANO

Los pueblos, como sus ciudades, crecen y se multiplican por la voluntad de Dios y por el esfuerzo y abnegación de sus ciudadanos. Claro que el engrandecimiento no solo depende de la voluntad humana, ya que es precisa la existencia de un motivo que nos infunda la fe suficiente para alcanzar con nuestras manos el milagro.

Este es el caso de nuestra ciudad en la hora presente. Las obras y las nuevas construcciones se suceden a un ritmo realmente vertiginoso. En cinco años—nunca olvidemos que esta eufórica parte del año cincuenta—hemos conseguido lo que en otro tiempo precisaba casi el transcurso de un siglo.

Es más. Cuando el capital forastero ha de poner su dinero en empresa que, en un principio, resulta arriesgada, vemos como ya duda en situarlo en nuestra ciudad, como prueba inequívoca de que, a todo lo largo del litoral, somos los que ofrecemos una mayor garantía.

Y así podemos ir muy lejos. Aunque en cierta ocasión se nos denegara un permiso porque nuestra ciudad poseía ya... demasiadas cosas, vemos como un hombre es siempre muy poca cosa para oponerse a la corriente de un empuje colectivo. Y aquello mismo vendrá, tal y como espontáneas van llegando tantísimas otras cosas.

Lo que hoy importa es ver ya lo que somos y lo que todavía podemos ser si nadie desfallece.

# Amorosa

## T. T. y T. (Un toma y dos te daré)

Si nunca rehuí ocasión alguna de practicar el deporte donde fuera (y me refiero, claro está, al del alma, que el cuerpo es para pasto de gusanos) no podía en verdad dejar de echar mi cuarto a espadas en este tan reciente de buscarle tres letras al relato que con tanto donaire y tanto ingenio viénesse hoy practicando sobre el campo de las columnas de nuestro semanario.

Que si miga tenían las tres M. M. M. y hubo en las P. P. P. picardía y gracia en las tres G. G. G. algo de tal tendrán también tal vez las tres terribles T. T. T. que trenzan tras de sí temas de tan tremenda trascendencia.

*La T de trabajo.*— Es «l'esca del peccat», cuando debería ser precisamente la redención del mismo pues que con tal fin lo impuso Dios al hombre en el principio del mundo en castigo a su primera falta. La T. de trabajo se ha desorbitado tanto, que ocupa por completo la vida entera de la mayor parte de los mortales.

No sé en que disposición de ánimo puede el Señor mirar ese inmoderado afán de persistir en la condena, a todas luces irreverente. Pero sé perfectamente la gracia que le hace a un padre cuyo hijo ha castigado a un par de días sin postre, verlo que queda voluntariamente sin él una semana entera. Sé perfectamente como reacciona un profesor ante aquel alumno que teniendo en castigo cincuenta frases, presenta de motu proprio cuatrocientas sesenta y tres.

—Ganarás el pan con el sudor de tu frente, le dijo Dios al hombre. Y no dijo más.

Seguir exprimiendo ese sudor sin tregua ni reposo para que además del sustento nos dé también los lujos en el vestir, la cena de fin de año y la lavadora mecánica, se me antoja una peligrosa falta de respeto que quizás sea la causa de tantos males como al mundo aquejan.

La T. de trabajo que no debería ser otra cosa que un martillo pasa a ser así la crucifixión de un cuerpo sin cabeza.

*La T. de tiempo.*— Es el espacio vital del alma. Su primordial alimento. Por eso hay que cuidar del tiempo como de nuestro pan de cada día. Quienes en el presupuesto de sus horas consumen en menesteres materiales toda la calderilla sobrante no hacen sino perpetrar un serio atentado contra su propia vida interior. Ciudades que, como la nuestra tuvieron en su día la fortuna de poder ser conside-

radas entre las villas espirituales de Cataluña, corren el riesgo de perder tan preciada cualidad, por eso. Por falta de tiempo. De aquí que nos recatemos de ponernos al lado del grupo del Trascacho para proclamar el derecho del hombre a perder el tiempo. Porque perder el tiempo para el cuerpo es ganarlo para el alma.

La T. tiempo, ángulo llano sobre dos rectos, es el símbolo de la llaneza (placidez, sosiego, serenidad) apoyándose en la rectitud.

*La T. de Turismo.*— Es el sésamo mágico que abre todas aquellas puertas que bajo ningún otro signo se habrían abierto. Lo que para regalo de nuestro cuerpo o para solaz de nuestro espíritu no habríamos sido nunca capaces de conseguir, lo consigue el turismo al solo influjo de su presencia.

Con harta sospechosa semejanza con aquellos famosos puentes que proveyeron las leyendas y los primeros cuentos de nuestra niñez, el turismo es capaz de poblar en una noche las más extensas regiones deshabitadas, levantar edificios en menos que canta un gallo, edificar en un abrir y cerrar de ojos los más fastuosos hoteles o erigir una plaza de toros donde la noche anterior no era sino un terreno cabe el cementerio.

La T. de turismo lleva a su espalda pegada otra T, la de terraza, que se refiere a los espacios libres para aparcamiento de forasteros. En este aspecto todo el que tenga un establecimiento puede ocupar impunemente la vía pública y poblarla de colorados parasoles. Solo aquellas terrazas abiertas expresamente para los nativos corren peligro de verse mutilados en obligado tributo a la nueva deidad. Y es que el turismo que vuelca a espaldas sobre los parajes en que sienta sus reales, el oro de cien naciones, no da nada por nada como nada, desde que el mundo es mundo, ha sido nunca dado a semejante precio.

Todos sabemos a costa de qué pudo Fausto conseguir la juventud ansiada.

Hoy puede darnos el turismo la tan apetecida notoriedad, haciendo que el nombre de nuestra ciudad aparezca con grandes caracteres no ya en los mapas de Cataluña sino incluso en las guías y planisferios de todo el mundo.

(Termina en la página 3)

SAN FELIU  
DE GUIXOLS  
15 MARZO 1956

Núm. 425      Año IX